

INFIERNO DE TODOS: INFIERNO DE UNO

José Luis Martínez Morales

***Infierno de todos* es de alguna forma el infierno de uno, de ese uno que escribió los relatos; pero también de ese uno que es cada uno de los protagonistas de cada cuento; y, por último, de ese uno que en su momento los leyó por vez primera.**

Como novena acepción del término “infierno”, el *Diccionario de la Lengua Española* de la RAE ofrece el siguiente significado: “sufrimiento o malestar grande”. La relación de este sentido con la primera acepción (“En la doctrina tradicional cristiana, lugar donde los condenados sufren, después de muerte, castigo eterno”) es obvia. Independientemente de la creencia o no en un infierno de ultratumba, nuestra cultura ha asumido dicho término y su connotación de castigo y sufrimiento para aplicarlo figuradamente a situaciones límite, tanto de nuestra existencia humana (en aproximación al pensamiento de Karl Jaspers) como a la ficción de algunos personajes literarios.

En tal sentido, *Infierno de todos* es de alguna forma el infierno de uno, de ese uno que escribió los relatos; pero también de ese uno que es cada uno de los protagonis-

tas de cada cuento; y, por último, de ese uno que en su momento los leyó por vez primera.

Cuando Sergio Pitol tenía 24 años –según nos cuenta en “El sueño de lo real”, ensayo que prologa la tercera edición de *Infierno de todos* (1999)– vivió una situación límite: la convivencia en su grupo de amigos se volvió un verdadero infierno: “De día a día crecían las histerias, las suspicacias, los rencores [...] Era necesario huir, cambiar de marco, salir del magma” (por algo magma tiene entre sus notas distintivas ser una “masa ígnea en fusión”, en cercanía semántica con la configuración cultural-religiosa-popular de las llamas incandescentes del infierno). Por dicha razón, Sergio decidió rentar una casa en Tepoztlán (“El retiro ideal”) para sacar sus demonios, como diría Mario Vargas Llosa. Su autoexorcismo lo condujo a trasladar sus demonios al territorio de la fic-

ción, donde encarnaron en “Victorio Ferri cuenta un cuento”, “Los Ferri” y “Amalia Otero”. Así logró desprenderse “de algunos incómodos espectros” que no eran “los del presente, pero sí aquellos con los que conviví en la infancia”.

Ocho años después, en 1965, yo también comencé a vivir uno de mis infiernos: estudiaba en el Seminario Conciliar de Xalapa. Iba ya para el quinto año de mi formación humanística, cuando entré en una situación límite de inquietud, angustia y sufrimiento de conciencia: yo no quería ser sacerdote, pero me acuciaba la culpa y el castigo al infierno tan temido si rechazaba el llamado divino. Quizá como refugio, me convertí cada vez más en un lector voraz. Entre las diversas lecturas que realicé durante ese año, hubo una que me marcó: la de “Victorio Ferri cuenta un cuento”. El texto nos lo había proporcionado el padre José Benigno Zilli para una de sus clases.

Debo confesar que, imbuido por la atmósfera pietista del internado, la lectura del cuento de Sergio abonó aún más a mi desasosiego. Si bien, por la lectura de los clásicos griegos, yo estaba acostumbrado a que la literatura nos hablase de las grandes pasiones y tragedias humanas, a estas las creía cosa del pasado. La histo-



Línea del tiempo

ria del niño Victorio, en cambio, me pareció demasiado vital pero terrible. En ese entonces, para mí no era concebible la existencia de una personalidad infantil con una psique muy cercana a lo demoníaco. Los niños a quienes yo estaba acostumbrado a tratar eran los del catecismo: juguetones, sí; traviesos, sí, pero nada más. Yo pensaba entonces que el autor había sido demasiado cruel al crear a este personaje niño y estaba seguro de que solo era producto de su imaginación. Ahora, cuando más de una vez he leído noticias sobre niños que masacran a otros niños, me doy cuenta de que la literatura, más de lo que nos imaginamos,

es exponente, previas mediaciones estéticas, de una sociedad en descomposición.

A finales de 1966 organicé dentro del seminario un grupo cultural: gestionaba con los superiores permisos para ir con compañeros a los conciertos de la sinfónica, a ver alguna obra de teatro o alguna película de cine de arte. Como el padre José Benigno Zilli tenía cierto parentesco con Sergio Pitol, y por un amigo me enteré de que el escritor vivía en Xalapa, le solicité al padre Zilli que invitara a Sergio para que nos diera una charla. Sergio se presentó ante nosotros y por vez primera tuve la experiencia de estar fren-

te a un escritor de carne y hueso. Para mí fue un verdadero acontecimiento histórico y personal. Nunca me imaginé además que, transcurridos 25 años, tendría la oportunidad de charlar por primera vez con Sergio y recordarle este acontecimiento que, según me confesó, había sido también para él inédito y muy grato.

De entonces a la fecha he leído toda la obra de Sergio, pero más de una vez he vuelto a detenerme en la historia de Victorio Ferri, en su infierno: en su situación límite previa a su muerte, donde nos hace un recorrido por su breve vida y donde lo demoníaco permea su discurso: discurso francamente monológico que se ve interrumpido hacia el final por un narrador ajeno, y de claro parentesco textual con el narrador final de “La casa de Asterión” de Borges. Victorio Ferri, el narrador, es un niño precoz y procaz, con cierta demencia pero con visos de reflexión de adulto prematuro. En buena medida su infierno se debe a la toma de conciencia de su realidad. Es decir, como señala el *DLE*, asume el “conocimiento del bien y del mal que permite a la persona enjuiciar moralmente la realidad y los actos, especialmente los propios”.

Victorio Ferri, desde el presente de su situación límite, llega al convencimiento de que su casa es el infierno, que su padre es el demonio y que él, por lo tanto, es hijo y heredero del maligno. Si bien estas creencias se deben en principio a los dichos y consejos que escuchó de boca de los peones, las hace propias después de un sutil razonamiento:

He oído comentar que mi padre es el demonio y aunque hasta ahora jamás haya llegado a descubrirle un signo externo que lo identifique como tal, mi convicción de que es

quien es se ha vuelto indestructible. No obstante que en ocasiones me enorgullece, en general ni me place ni me amedrenta el hecho de formar parte de la progenie del maligno.

Cuando un peón se atreve a hablar de mi familia dice que nuestra casa es el infierno. Antes de oír por primera vez esa aseveración yo imaginaba que la morada de los diablos debía ser distinta (pensaba, es claro, en las tradicionales llamas), pero cambié de opinión y di crédito a sus palabras, cuando luego de un arduo y doloroso meditar se me vino a la cabeza que ninguna de las casas que conozco se parece a la nuestra. No habita el mal en ellas y en ésta sí.

Victorio no reconoce en su padre ninguna de esas notas folclóricas que forman la imagen del demonio, pero sí descubre en cambio ciertos indicios reveladores de su maldad: “el placer en los ojos” cuando castiga sádicamente a los peones y su expresión de júbilo manifestada a través de la que podríamos calificar de risa diabólica o, como Victorio la define, “una especie de gozoso relincho”, y que él mismo imita de manera tan perfecta que “las mujeres al oírla se persignan”.

Entre la locura y lo diabólico, Victorio prefiere ser fiel exponente de lo segundo. En todo caso le atribuye más demencia a su hermana por sus manifestaciones cuasi místicas al contemplar el cielo. Él, en cambio, se esfuerza por superar a su padre en lo demoniaco: “me convertiré en el demonio: seré el Azote, el Fuego y el Castigo”. Indirectamente critica a su padre porque tiene remordimientos por haber cometido fratricidio, mientras que él, afirma, si “ahogara a

Entre la locura y lo diabólico, Victorio prefiere ser fiel exponente de lo segundo. En todo caso le atribuye más demencia a su hermana por sus manifestaciones cuasi místicas al contemplar el cielo. Él, en cambio, se esfuerza por superar a su padre en lo demoniaco: “me convertiré en el demonio: seré el Azote, el Fuego y el Castigo”.

Carolina en el río no guardaría el menor remordimiento”. Como parte de su maldad, expresa también su deseo de atrapar ratones y devorarlos para “sentir en los labios el latir de su agonía”; y se enorgullece de sus tareas de espionaje hacia los peones, gracias a las habilidades que ha adquirido en una especie de mimetismo animal: su capacidad de ver a través de la oscuridad, de escuchar lo imperceptible con su fino oído, de caminar sigilosamente y poder “oler” a quienes hablarán mal de su padre. Se burla de la ingenuidad de los peones que atribuyen a su padre “satánicos poderes” por descubrir sus secretas murmuraciones: “En su ingenuidad llegan a creer que esa es una de las atribuciones del demonio. Yo me río. Mi certeza de que él es el diablo proviene de razones más profundas”.

Aunque dichas razones no se precisan, podría muy bien deducirse que se trata de la sospecha que hacia el final de su vida tiene el personaje niño: su padre tan es la encarnación del demonio, que no ama ni a su primogénito; por el contrario, desea su muerte:

He comprobado que nada sucede fatalmente de una sola manera. En la repetición de los hechos más triviales se producen variantes, excepciones, matices. ¿Por qué, pues, no habría de quedarse la hacien-

da sin el hijo que sustituya al patrón? Una inquietud peor se me ha incrustado en los últimos días, al pensar que es posible que mi padre crea que voy a morir y su risa no sea, como he supuesto, de burla hacia la ciencia, sino producida por el gozo que la idea de mi desaparición le produce, la alegría de poder librarse al fin de mi voz y mi presencia. Es posible que los que me odian le hayan llevado al convencimiento de mi locura...

Con el texto anterior se cierra el monólogo de Victorio Ferri, y con los puntos suspensivos se le da paso a la muerte del personaje que lo lleva, paradójicamente, a salir de su infierno. Con las últimas palabras del fictivo epitafio (“su padre y hermana lo recuerdan con amor”), el autor nos recuerda que la vida es un infierno para quien así la asume pues los otros, los íntimos sobre todo, siempre podrán enmascarar, aunque sea de manera póstuma, su odio en el ficticio amor. Al final, y ya en la realidad: cada quien con su propio infierno. **LPyH**

José Luis Martínez Morales es investigador literario de la UV desde 1979. Coordinó la colección Narrativa Sergio Galindo, editada por esta casa de estudios.